

Un notable historiador eclesiástico argentino, el canónigo doctor Américo A. Tonda

MIGUEL ÁNGEL DE MARCO

RESUMEN

El canónigo doctor Américo A. Tonda fue uno de los más destacados historiadores eclesiásticos del siglo XX. Poseía una amplia formación teológica y una sólida preparación como investigador que volcó en libros fundamentales para la historia eclesiástica argentina. Entre éstos cabe mencionar *La Iglesia argentina incomunicada con Roma*, *El Obispo Orellana y la Revolución* y *El pensamiento teológico del Deán Funes*. Autor de otras obras importantes, desarrolló además una intensa labor como profesor universitario. Su designación como miembro de número de la Academia Nacional de la Historia marcó el corolario de una existencia entregada al estudio y a la difusión del pasado eclesiástico nacional y otros aspectos del pretérito argentino.

PALABRAS CLAVE

Iglesia argentina – eclesiología – Deán Funes – Obispo Orellana – Félix Frías.

ABSTRACT

Canon Ph.D. Américo A. Tonda was one of the most outstanding ecclesiastical historians of the 20th century. He had a deep theological education and a solid formation as researcher, which were reflected in essential books of the Argentine Ecclesiastical history. Among his main books, it is worth mentioning *La Iglesia argentina incomunicada con Roma*, *El Obispo Orellana y la Revolución* and *El pensamiento teológico del Deán Funes*. He was the author of other important works and also a hard-working university professor. His appointment as regular member of the *Academia Nacional de la Historia* (Argentine Academy of History) was the corollary of a life devoted to the study and dissemination of the national ecclesiastical past and other aspects of Argentine history.

KEY WORDS

Argentine Church – ecclesiology – Deán Funes – Bishop Orellana – Felix Frías.

En la mañana del 2 de enero de 1984, mientras se aprestaba a iniciar tareas de investigación en los archivos y bibliotecas de Santiago de Chile, se detuvo el corazón del canónico doctor Américo A. Tonda, uno de los más notables historiadores eclesiásticos argentinos del siglo XX, cuya obra merece ser destacada por su calidad científica y su carácter innovador¹.

Había llegado a la ciudad trasandina, tras una breve escala en Córdoba, con la ilusión de dedicar todo el mes a obtener nuevos datos para una serie de trabajos sobre la personalidad de Félix Frías que pensaba reunir en un libro que engarzara temáticamente con otro publicado por él años atrás. Antes de partir, como presintiendo su final, me dijo que le habría gustado ver impreso el segundo tomo de su libro *El pensamiento teológico del Deán Funes*, que estaba componiéndose en los talleres de la Universidad Nacional del Litoral, y el número 14 de *Res Gesta*, donde debía aparecer su investigación sobre los empeños de Frías para abrir a Bolivia un acceso al mar².

La primera obra resumía cuarenta y dos años de búsquedas en archivos del país y del extranjero y coronaba una antigua preocupación académica, pues *La ortodoxia del Deán Funes* fue el título de su tesis doctoral, rendida en 1942 en la Facultad de Teología de San Miguel.

Una cláusula reglamentaria establecía, para la entrega del respectivo diploma, la publicación de la tesis, cosa que no hizo el Padre Tonda, pues advirtió, luego de defenderla públicamente, que la compleja personalidad del eclesiástico cordobés exigía mayor estudio, quizá una vida de afanoso quehacer.

En cuanto al artículo para *Res Gesta*, deseaba su publicación porque daba a conocer una faceta poco estudiada de Frías, cuya biografía completa estaba convencido de que no llegaría a concluir a raíz de su precario estado de salud.

No pudo ver la revista, que decidí dedicar a su memoria, en la que figuraban, por corresponder a los números 14 y 15, actividades realizadas en forma reciente, ni tampoco alcanzó a tener en sus manos el segundo tomo de aquel libro.

La desaparición del destacado estudioso dejó un profundo vacío en el Instituto de Historia que dependía de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales del Rosario de la Universidad Católica Argentina, organismo del cual fue profesor fundador, director de uno de sus departamentos y titular de Historia Eclesiástica Argentina. Era un auténtico maestro que vivía por y para

¹ Me he basado, en parte, para esta evocación, en el artículo que publiqué en la revista *Res Gesta* N° 14, Rosario, julio-diciembre de 1983; enero-junio de 1984, pp. 1 y ss.

² “Don Félix Frías: abrir puertas a Bolivia”, *Res Gesta* n° 14, pp. 8-27.

sus alumnos y que les mostraba el áspero camino de la investigación no sin hacerles entrever sus gratificaciones. Pero, antes que nada, era sacerdote, y como tal, la cátedra, el gabinete, las charlas informales, le resultaban ámbitos propicios para proclamar el Evangelio con la palabra y el ejemplo.

Su sencillez cautivaba a sus estudiantes y colegas, pues derramaba sus conocimientos por el cauce sereno de una conversación salpicada de anécdotas y etimologías. Había recorrido el mundo y conocido a destacados personajes de la historia. Hablaba a la perfección el latín y el italiano y más que discretamente el griego, el francés y el alemán, practicado en su segunda estancia en Europa y refrescado constantemente a través de la lectura.

Vivía en el mismo edificio del Instituto de Historia, ubicado en la última planta del Instituto “Virgen del Rosario”, es decir que latía con él. Se levantaba temprano y comenzaba a escribir. Puntualmente, salía a las 10:30 –muchas veces acompañado por mí– camino a la Catedral, largo trecho que efectuaba a pie por prescripción médica. A las 11.45 celebraba la misa (también lo hacía los sábados y los domingos, con el agregado de que en estos últimos días sumaba a sus pesadas tareas el trasladarse con un grupo de personas mayores y jóvenes a pueblos ubicados en las cercanías de Rosario donde no había sacerdotes); almorzaba de paso en su departamento cubierto de papeles y libros y, tras una siesta no muy larga, se entregaba al dictado de dos cursos de Teología, uno de Historia Eclesiástica Argentina y otro de Filosofía y Teología de la Historia. Además, enseñaba un día por semana en la carrera de Abogacía. Subía repetidamente a las dependencias del Instituto para conversar con los profesores y el personal administrativo, destinatarios de un afecto espontáneo y sincero. Tampoco olvidaba pasar por la biblioteca, cuya dirección ejercía, y en ocasiones permanecía largo rato trabajando en ella.

Tan intenso ritmo, admirable en un hombre enfermo hacía un tiempo, y que requería especiales cuidados por las características de una dolencia cardiovascular que lo afectaba desde hacía varios años, no le impedía preparar cotidianamente sus homilias, a las cuales imprimía la riqueza de su oratoria pero, sobre todo, el rigor teológico que su inteligencia y el constante *aggiornamento* de sus lecturas le brindaban. Tampoco le obstaculizaba leer y releer sus trabajos que estaban “en el horno”, como expresaba con invariable buen humor, hasta darles su forma final elegante, tersa, tocada de metáforas felices. Escribía en pulcro castellano, y de su afición por exteriorizar la riqueza de la lengua daban buena cuenta sus constantes lecturas de autores españoles, alineados en un lugar preferente de su biblioteca.

NACIMIENTO Y ESTUDIOS

El Padre Tonda³ había visto la luz en Fidela, departamento Castellanos, el 22 de junio de 1916, y cursado estudios en el Seminario de Santa Fe y en la Facultad de Teología de la Universidad Gregoriana, en Roma, desde 1935 hasta 1939. Hijo de piemonteses, nacido y criado en una colonia donde la mayoría era inmigrante de esa región de Italia, le divertía en ocasiones aplicar apropiados refranes en dialecto. “Mire, si mis padres no nos hubieran enviado a mi hermano y a mí al seminario, hubiésemos tenido que esperar al servicio militar para hablar en castellano”, me comentó una vez en que conversábamos sobre la singular composición de la población de la provincia.

Tenía anécdotas sabrosas de los años de preguerra. Una vez, al hablarme de sus experiencias romanas, me dijo: “¿Sabe que estuve cerca de Hitler?”. Naturalmente, me llamó la atención y le pedí detalles: “Fue en Roma, en mayo de 1938. Miles de fascistas, con sus brazos en alto, daban vivas al paso de su automóvil. Yo estaba en un montículo, con un grupo de curiosos estudiantes, cuando de pronto miró hacia dónde nos encontrábamos. No me pude contener y le hice un corte de manga. ¡Y no me pasó nada!”.

Al estallar la Segunda Guerra Mundial obtuvo permiso de la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades para regresar al país y concluir la licenciatura en Teología, cosa que logró en 1941. El 26 de enero de ese año recibió en Santa Fe la ordenación sacerdotal y el 2 de febrero cantó su primera misa. En 1942 alcanzó, como se ha dicho más arriba, el grado de doctor, y comenzó a enseñar en el seminario santafesino las asignaturas Historia, Teología y Griego. También se inscribió como alumno libre en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, “para ampliación de mi cultura”, como expresaba su *curriculum-vitae*, y rindió once materias, con profesores cuyos nombres ilustran la historiografía argentina.

PRIMEROS TRABAJOS SOBRE TEMAS HISTÓRICOS

En Santa Fe, su actividad sacerdotal encontró cauce en el capellanato de las Siervas de María y de las Hermanas de Nuestra Señora del Huerto, y halló, años más tarde, la compensación de recibir la dignidad de canónigo. Cuando hablábamos de esa etapa, yo exageraba en broma –y él sonreía– acerca del prestigio y el bienestar que prodigaban las canonjías. En cierta ocasión le recordé el refrán mariner: “En buque de ruedas se pasa tan mal como canónigo

³Le damos el nombre de Padre con que se conoce en la Argentina no sólo a los sacerdotes del clero regular sino al secular, al cual pertenecía.



El Canónigo Dr. Américo A. Tonda en día en que fue designado miembro de número de la Academia Nacional de la Historia.

en la catedral”, el cual aludía, obviamente, a las comodidades que ofrecían las modernas naves de la segunda mitad del siglo XIX y a las pocas que otorgaban los barcos de vela.

En realidad, al Padre Tonda le importaban poco los títulos, y agradecía que sus funciones pastorales nunca hubiesen interferido en su entrega a la investigación.

En aquella década trabajó en los archivos eclesiásticos santafesinos, alentado por el arzobispo, monseñor doctor Nicolás Fasolino, cuyo interés por el pasado lo había hecho participar años atrás en la fundación de la Junta Provincial de Estudios Históricos. Pero los papeles allí existentes no satisfacían su inquietud de seguir trabajando en la figura del Deán Funes y su época, de manera que en los meses estivales y en toda ocasión propicia viajaba a Buenos Aires para enfrascarse en el Archivo General de la Nación, en el valioso repositorio de la Curia de Buenos Aires, incendiado años más tarde, en momentos de vesania, y en la Biblioteca Nacional, que entonces guardaba documentos que luego pasaron al archivo mencionado en primer término. Trabajaba infatigablemente, sin perder minuto e imponiéndose grandes sacrificios personales. Con el tiempo, me encontré más de una vez con él en el Archivo General de la Nación, y lo vi inclinado largas horas, encerrando en fichas armoniosamente preparadas el fruto de sus hallazgos. Cambiaba unas pocas palabras de saludo, y quien quisiera conversar con él debía visitarlo por la mañana, muy temprano, en la parroquia de Nuestra Señora de la Merced, donde por años encontró la cordial acogida de su titular, monseñor David Auletta.

Por disposición testamentaria, recibí el fichero documental del Padre Tonda, que a mi vez entregué al Instituto de Historia en su homenaje. Allí están las fichas liminares y los varios miles que reunió a lo largo de su existencia.

La *Revista Oficial* de la Junta Provincial de Estudios Históricos de Santa Fe registra, en su número de junio de 1966, la bienvenida que monseñor Fasolino dio en nombre de la corporación a dos de sus miembros más jóvenes, el doctor Leoncio Gianello y el Padre Tonda. Refiriéndose a este último, expresó el arzobispo:

El presbítero Tonda une la frescura de Santa Fe con la milenaria tradición de Roma, en sus estudios universitarios, y con la antigua crítica histórica, que arranca a los latinos labios de Marco Tulio, penetra en los actos, en los escritos y en las ideas de los que labraron las gestas de nuestra tierra, a la vez que con magistral decir expone en respetables cátedras la Constitución divina de la Iglesia Católica y enseña a saborear la inspiración de Homero en el antiguo hablar de los helenos.

En aquella jornada feliz de su existencia –que mi íntimo y afectuoso amigo me recordó momentos antes de una última asamblea de la Junta en que hubimos de elegir tres nuevos miembros muy jóvenes– el Padre Tonda contaba 29 años y ostentaba, como es comprensible, una no muy cuantiosa aunque bien jerarquizada producción.

La fatigosa tarea de la enseñanza en el Seminario de Santa Fe no le impidió escribir en la *Revista Eclesiástica* de la Arquidiócesis, que lo contó entre sus entusiastas propulsores; en *Archivum*, órgano de la Junta de Historia Eclesiástica Argentina, y en otras publicaciones. Por aquellos años ahondó una respetuosa amistad con el ilustre eclesiástico e historiador Guillermo Furlong S. J., quien lo estimuló a trabajar sobre Félix Frías y le obsequió, a modo de acicate, un retrato original del patricio, que a su vez el Padre Tonda donó al Instituto de Historia y que adornaba su sala de conferencias.

En 1949 dio a conocer su primer fruto importante como investigador: *Castro Barros*, biografía de su admirado procer de la Independencia y de la ortodoxia en la Argentina⁴. La obra sería reeditada en 1961 por la Academia del Plata. Tres años más tarde, vio la luz *Rivadavia y Medrano. Sus actuaciones en la Reforma Eclesiástica*⁵, y en 1956, *Don Félix Frías. El secretario del general Lavalle. Su etapa boliviana (1841-1843)*⁶. Este libro había sido escrito en medio de las angustias y dolores de la persecución eclesiástica desatada en el país, y finalizado cuando aún gravitaba en los corazones de los estudiosos de la historia eclesiástica argentina la reducción a cenizas del gran archivo de la Curia.

Entre los papeles que legó hay muchas fichas y documentos copiados cuyo contenido se salvó así de una total desaparición. Hay que agregar que era un profundo conocedor de la trayectoria de los amigos y compañeros de Frías, es decir, de los hombres de la Generación del 37, cuyos archivos y obras había consultado para conocer a fondo el contexto temporal y cultural del eminente ciudadano y católico.

En 1957 apareció la *Historia del Seminario de Santa Fe*⁷, escrita con el amor de quien se siente hijo de una obra, pero también con el rigor profundo del auténtico historiador. Es de señalar que, paralelamente, se entregó a divulgar sus investigaciones por la prensa periódica, valiéndose de la aceptación que los frutos de su pluma obtenían en los diarios santafesinos.

⁴ Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 346 pp.

⁵ Santa Fe, Castellví, 1952, 200 pp.

⁶ Santa Fe, Castellví, 288 pp.

⁷ Santa Fe, Castellví, 216 pp.

LA IGLESIA ARGENTINA INCOMUNICADA CON ROMA Y OTROS LIBROS

Por entonces alcanzó el soñado anhelo de viajar a Roma para preparar uno de sus libros más importantes: *La Iglesia Argentina incomunicada con Roma (1810-1858). Problemas, conflictos, soluciones*, que aparecería con el sello de la Facultad de Historia de la Universidad Católica de Santa Fe en 1965⁸. En efecto, en 1958 partió hacia Europa, donde permaneció dos años, trabajando en el Archivo Secreto Vaticano y en el Archivo de Propaganda Fide.

El sacerdote no quería estar ajeno, mientras tanto, a su ministerio, y halló cobijo en una parroquia romana donde se ganó el afecto de niños y jóvenes que lo llamaban, abreviando su nombre, *Don Amerí* (por Américo), y le escuchaban proclamar el Evangelio pero también hablar de su lejana tierra de llanuras incommensurables y fecundo suelo.

La obra constituye el aporte más valioso que se ha escrito sobre el tema y por ende resulta de consulta obligada para cuantos escriban sobre el pasado eclesiástico nacional. Refleja las múltiples vicisitudes sufridas a lo largo de casi cincuenta años, cuando la inexistencia de vínculos directos entre los obispos y la Santa Sede provocó múltiples problemas de carácter pastoral: “Desconectados oficialmente con Roma, nuestros preladados, con un muñón por báculo, debieron afrontar con la consiguiente manquedad de sus facultades los problemas que a diario se acumulaban al hilo de las nuevas –y viejas– circunstancias⁹”.

La Iglesia Argentina... dista de limitarse a la mera narración lineal, pues, en su propósito de esclarecer un panorama extendido, complejo y difícil, analiza las espinosas relaciones entre la Santa Sede y la Monarquía española desde los días del Descubrimiento, cuando los reyes procuraban ampliar su potestad en cuestiones eclesiásticas y los Papas ponían, por diversos medios, coto a tales aspiraciones. La situación pudo tornarse grave, según Tonda, con el advenimiento del absolutismo borbónico, hasta el punto de provocar un cisma si hubiesen arraigado el galicanismo y el jansenismo. “Felizmente la reserva ortodoxa del clero, la reverencia de los fieles hacia el sucesor de San Pedro, habían echado hondas raíces en el corazón americano”. De hecho, sostiene, los nuevos países, casi instintivamente y desde el primer momento de la Revolución, volvieron sus ojos a Roma y acariciaron la idea de entablar relaciones con el Padre común de los fieles.

⁸ 270 pp.

⁹ AMÉRICO TONDA, *La Iglesia Argentina incomunicada con Roma (1810-1858). Problemas, conflictos, soluciones*, Universidad Católica de Santa Fe, 1965, p. 8.

No pudieron hacerlo, pues aparte de hallarse el Pontífice preso en manos de Napoleón, parecía improbable que el Vaticano abriese comunicaciones directas, decisión que hubiese significado una ruptura de compromisos contraídos y celosamente respetados durante tres siglos.

En otro orden, la situación de la Iglesia en América era internamente espinosa, y esto complicaba sus vinculaciones con los nuevos gobiernos.

Tonda se ocupó de subrayar en su libro el deseo de las autoridades rioplatenses de promover acercamientos con la Sede de Pedro, materia que ocupó las consideraciones del Congreso de Tucumán y halló eco en una correspondencia no oficial tendiente a ese fin, además de exteriorizarse en el pase de documentos provenientes de los dicasterios romanos. También explicó, en forma equilibrada, las causas de la reticencia del ministro de Martín Rodríguez, Bernardino Rivadavia, ante la Misión Muzi, la cual, por otra parte, reflejaba el interés de Roma “de ver de cerca las cosas americanas” y reajustar los organismos eclesiásticos locales. Esto, aparte de la conducta regalista del gobierno de Buenos Aires patentizada, entre otras manifestaciones, a través de su discutida reforma eclesiástica.

La inestabilidad política aconsejaría finalmente al Vaticano valerse del nuncio en Río de Janeiro para actuar con prudente distancia.

La parte de la obra referente a las negociaciones en la época de Juan Manuel de Rosas, que determinaron la negativa de negar el pase a las credenciales del delegado apostólico llegado a Buenos Aires en 1851, refleja la independencia con que Tonda trató tan complejo como difícil momento.

Más allá de las relaciones formales, estaba la sensación de vacío de los prelados y sacerdotes con respecto a las facultades privativas de la Silla Apostólica, en las que no podían innovar sin grave daño a la doctrina, situaciones que hallaron camino de solución cuando el presidente Justo José de Urquiza envió, en 1858, la misión del doctor Juan del Campillo que inició los pasos para poner fin a la incomunicación.

Tonda analizó concienzudamente todo manuscrito que en la Santa Sede o en la Argentina pudiera echar luz sobre los temas que abarcó en su libro. Lo que no tuvo en sus manos, aclara, fue porque vastos sectores documentales se hallaban aún inaccesibles al investigador, “y otros de extraordinaria riqueza fueron pasto de las llamas en un momento de locura”. Sin embargo, el ingente material reunido le sirvió para poner al alcance del erudito su interpretación personal de los hechos, “sin uncir nuestro criterio a ideas preconcebidas”.

Como suele sucederle a todo investigador atento, de tanto en tanto hallaba “perlas” que le permitían matizar con una sonrisa la fatiga de muchas horas inclinado sobre papeles de difícil lectura. Le divertía narrar que en la cubierta de uno de los documentos del Archivo Secreto Vaticano, un remoto y anónimo

escribiente de la Curia, al encarpetarlo, había traducido el nombre de la ciudad de Santiago del Estero por “San Giacomo dell’Esterio”, o sea, “Santiago del Exterior”.

En 1958 dictó, durante un ciclo académico completo, Historia Americana en la ciudad de Verona, y aprovechó para trasladarse a Piemonte y visitar la tierra de sus abuelos. El historiador supo balancear el afecto con la profesión y obtuvo múltiples datos para escribir una historia familiar que circula entre los Tonda de la Argentina y se remonta a los tiempos en que el abuelo, que fue incorporado al ejército de Víctor Manuel II como consecuencia de una leva, se quebró una pierna justo un día antes de la toma de la Porta Pia (20 de septiembre de 1870), hecho que el Padre Tonda consideraba providencial, pues, me decía con humor, bueno habría estado que el abuelo de dos sacerdotes hubiese contribuido –bien que a disgusto– a la derrota y prisión voluntaria de Pío IX. También estuvo en Alemania y Austria antes de volver a la Argentina, entregándose a la práctica de la lengua y a la comparación de los distintos matices que ésta ofrecía en cada región, tema predilecto de muchas de sus conversaciones de sobremesa en mi casa.

De regreso a Santa Fe, mientras organizaba los materiales con el fin de editar su ya citada obra, trabajaba en otros artículos para revistas especializadas, congresos y reuniones de estudiosos de todo el país. Pocos fueron los encuentros que carecieron de su participación activa traducida en trabajos originales, pues no concebía el hacerse presente en reunión erudita alguna sin llevar bajo el brazo alguna contribución de interés.

Como nueva muestra de su metódica e incansable labor, en 1961 dio a luz *El Deán Funes y la Reforma Rivadaviana*¹⁰.

Por entonces se había hecho cargo del decanato de la Facultad de Historia de la Universidad Católica de Santa Fe y de la cátedra de Historia Eclesiástica Argentina. Riguroso investigador, supo insuflar en sus alumnos la seriedad metodológica y conceptual que el aprendizaje universitario requiere. Pero le tocó beber el amargo cáliz de las disensiones producidas en el clero por aquellos años. Su fidelidad al Obispo le proporcionó difíciles momentos como decano y lo llevó a retirarse de una obra que amaba intensamente.

En 1971, la Junta Provincial de Estudios Históricos publicó un nuevo libro suyo: *Mariano Medrano. Su nombramiento de vicario apostólico en Buenos Aires*¹¹, en el cual ya se esbozaba su idea –concretada más tarde– de trabajar sobre el pensamiento del sacerdote de la Independencia y de los difíciles tiempos de nuestras luchas civiles.

¹⁰ Santa Fe, Castellví, 184 pp.

¹¹ 200 pp.

TRASLADO A ROSARIO

En 1972, solicitado su concurso por el arzobispo de Rosario, monseñor doctor Guillermo Bolatti, se hizo cargo del decanato de la Facultad de Humanidades de la Pontificia Universidad Católica Argentina, trasladándose en forma definitiva a Rosario, donde, de inmediato, mereció la consideración de los medios intelectuales, que vieron en él al sacerdote serio y prudente y también al estudioso de excepción. Fue profesor del Seminario Arquidiocesano y de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales. Además contribuyó con su solvente consejo al desarrollo del Instituto de Historia que, creado por mí cuando era un muy joven profesor, en 1966 en la Facultad de Humanidades, pasó a depender de la de Derecho en virtud de un convenio celebrado en 1975. Nuestra vinculación se estrechó a partir de entonces, puesto que fui designado delegado del decano, figura equivalente a vicedecano, para colaborar en el gobierno de dicha casa de estudios y representarlo frecuentemente en las reuniones del Consejo Superior de la Universidad. Pero por sobre todo nos unía la vocación hacia el estudio del pasado, que favorecía un constante y enriquecedor diálogo.

En aquellos difíciles años, la figura del Padre Tonda se hizo familiar por las calles de Rosario, pues, siendo uno de los pocos sacerdotes que usaban sotana, recorría puntualmente, como he dicho, el camino que va de la Curia, donde residía, hasta la Catedral, en que celebraba diariamente la misa, y recibía en el trayecto el saludo de numerosos fieles, alumnos y amigos, con quienes apenas se detenía para cambiar dos palabras y proseguir hacia su destino. El tiempo que le sobraba antes del consabido mate de las 11, en la cocina del párroco, lo empleaba en recorrer las estanterías de la Librería “San Pablo”. Cuando alguien lo molestaba con algún comentario impertinente referido a un tercero, me comentaba invariablemente: “¡Qué se cree fulano!; ¡no tengo tiempo para perder el tiempo!”.

El 11 de abril de 1972 se incorporó a la Academia Nacional de la Historia como miembro correspondiente en Santa Fe, pronunciando una conferencia sobre “Aspectos del catolicismo en Córdoba en tiempos de la Revolución”¹², y comenzó a ordenar los materiales para otro de sus libros magistrales: *El Obispo Orellana y la Revolución*, que finalmente pudo publicar con el sello de la Junta de Historia de Córdoba en 1981¹³. En junio de 1972 fui nombrado, a mi vez, miembro correspondiente de la Academia, circunstancia que acrecentó nuestra vinculación amistosa.

¹² *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* (en adelante *BANH*) n° 45, Buenos Aires, 1972, pp. 167-177.

¹³ 540 pp.

Cuando su dolencia cardíaca, de la que saldría airoso tras una compleja operación, hizo crisis, me encargó, antes de entrar al quirófano, que, en caso de morir él, finalizara la obra y la diera a luz. Felizmente pudo verla en letras de molde y ocuparse de su distribución entre los estudiosos. El grueso volumen constituyó una pintura maestra de los años de la Revolución y de la Independencia a través de la vida de uno de los preladados comprometidos con la causa de Fernando VII.

Dispuesto a componer la biografía del primer obispo argentino de Córdoba, el licenciado Benito Lascano, su investigación lo llevó a comprobar que era imposible separar su trayectoria vital de la de Rodrigo Antonio de Orellana, el último prelado español de la diócesis mediterránea. Poco a poco, a medida que se adentraba en las pesquisas, sentía que el mitrado lo atraía hasta “ponernos en su órbita”. Esto cuando, todavía, no pocos historiadores argentinos “pasaban por delante” de su figura sin más gesto que endilgarle el adjetivo de “enemigo ‘intratable’ de nuestra libertad”.

Dice Tonda que le dolía “el infortunio de un hombre digno de mejor suerte y de menos ingrata memoria, tanto por sus dotes naturales y superior cultura como por su integridad moral y docilidad a los principios [...] nunca nos alentó la idea de revivir este pretérito y reconstruir esta biografía con criterio patriótico; no nos anima otro interés que el de la verdad”.

Y en efecto, trazó una visión de gran interés sobre “la otra cara” de los sucesos de 1810, en la cual se percibe “la trágica grandeza de los españoles que se opusieron a la revolución”. Pues no sólo se ocupa del obispo extremeño sino de sus compañeros de vicisitudes fusilados por inexorable mandato de la Junta mientras él sufría el dolor de haber sido apartado de tan cruel destino en virtud de su investidura episcopal. Ello no le evitaría posteriores infortunios hasta el día de su retorno a España.

El estudio de ese mundo de tremendos enconos que era la Córdoba en que se enfrentaban las familias afectas a la nueva causa y las adictas a la contrarrevolución le dio materia para posteriores artículos periodísticos sobre diversos asuntos. “El que conoce bien un tema –me decía frecuentemente– puede explorarlo con tanta fluidez y precisión como brota el agua del manantial.

Debemos decir en su homenaje que la obtención de los documentos que le sirvieron para dar forma a ese *nuevo hijo espiritual* –así llamaba a sus libros– tanto en los archivos argentinos como extranjeros, le costó buena parte del dinero que ahorraba para afrontar otra eventual intervención quirúrgica. Lo hizo sin esfuerzo, con la ilusión de escribir la biografía de quien, en tempestuosos momentos, contempló el fusilamiento de Liniers y sus amigos y salvó la vida por su investidura episcopal.

Cuando concluía cada capítulo, escrito en hojas de tamaño oficio, lo pasaba a máquina; según sus palabras, “lo peinaba”, eliminando repeticiones o dando otra forma a las frases, volvía a teclearlo y me lo entregaba, unidas las páginas con un broche de metal asegurado con trocitos de cartón que cortaba con prolijidad, para que lo leyese y le diese mi opinión. En un determinado momento, mientras se aprestaba a dar los últimos toques a la parte en que se refería a los años finales de la vida de Orellana, luego de regresar a España y asumir el arzobispado de Ávila, necesitó obtener documentos del Cabildo Eclesiástico de aquella arquidiócesis. Me pidió que le escribiéramos al archivero con el fin de obtener las respectivas fotocopias, una carta con membrete de la Facultad, lo cual, suponía, iba a dar mayor fuerza al pedido. La respuesta fue que había que pagar tantas pesetas por folio. Era una suma abultada y, por otra parte, no había cómo enviarla. Pasaban los días, y una mañana, mientras caminábamos, exclamó: “Ya está. Escribámosle al archivero proponiéndole pagar con misas”. Así lo hicimos y llegó la aceptación con una larga lista de difuntos abulenses por cuyas almas se pidió desde la Catedral de Rosario.

Tonda experimentaba un ineludible fervor por la escritura, e iba redactando en forma paralela diferentes trabajos. Recuerdo que una vez lo entusiasmé para que anticipara a través de diarios como *La Capital*, de Rosario; *El Litoral*, de Santa Fe; *La Gaceta*, de Tucumán, y *Los Principios*, de Córdoba, parte de sus nuevas investigaciones. Así lo hizo, encerrando sus artículos en las pocas cuartillas que la tiranía del espacio periodístico exigía. Fruto de la recopilación de diversas colaboraciones, a las que agregó el correspondiente aparato erudito, fue el libro *Del pasado cordobés y santafesino*¹⁴. Además, preocupado por ofrecer una obra didáctica, aunque conceptualmente profunda, a sus alumnos de los Cursos de Cultura Católica y de las carreras de Abogacía e Historia de la Facultad, escribió *Por qué creo en la Biblia*¹⁵, que recibió el aplauso de la crítica especializada y donde demostró una vez más sus profundos conocimientos teológicos.

A partir de la aparición de la revista *Res Gesta*, cuyo nombre fue idea suya, en enero-junio de 1977, publicó artículos en todos los números, catorce aportes originales y valiosos a la historiografía argentina, a los que hay que sumar los que antes y después entregó a *Investigaciones y Ensayos*, *Archivum*, *Revista del Instituto de Historia del Derecho “Ricardo Levene”*, *Revista del Instituto de Investigaciones del Instituto de Historia del Derecho*, *Revista de la*

¹⁴ Rosario, 1977, 106 pp.

¹⁵ Rosario, 1980, 202 pp.

Junta Provincial de Estudios Históricos, Anuario de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de Rosario, Historiografía y Bibliografía Americanistas, de Sevilla, etcétera. Su biobibliografía, escrita por una ex alumna del Instituto de Historia, la licenciada Mónica Martínez, y publicada en el *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*¹⁶, demuestra que su presencia, sobre todo en los últimos años de su existencia, fue notable en los órganos dedicados a nuestra disciplina.

Aun cuando resultaba económicamente difícil, y con el apoyo del entonces decano de la Facultad, doctor Bernardo David Diez, fuimos publicando una serie de trabajos, recogidos en la forma de pequeños libros, sobre el concepto de los hombres de la primera mitad del siglo XIX acerca de los fundamentos de la Iglesia: *La eclesiología de los doctores Gorriti, Zavaleta y Agüero*¹⁷; *La eclesiología de los doctores Funes y Castro Barros*¹⁸ y *La eclesiología del Dr. Mariano Medrano*¹⁹. Al sorprenderlo la muerte trabajaba en otro nuevo acerca de Fray Cayetano Rodríguez Todos integraban la serie *Monografías y Ensayos*. Supo enriquecer también la serie *Pensamiento histórico* con su pequeño libro *Lo temporal y lo espiritual*²⁰.

EL PENSAMIENTO TEOLÓGICO DEL DEÁN FUNES

En 1982 se distribuyó el primer tomo de *El pensamiento teológico del Deán Funes*²¹ por la imprenta de la Universidad Nacional del Litoral, profundo estudio que incursiona en las lecturas y escritos del célebre eclesiástico y explica el origen y desarrollo de las ideas que difundió en su *Historia Civil del Paraguay, Buenos Aires y Tucumán* y en los periódicos de la etapa revolucionaria. Como expresé antes, dedicó a Funes varios libros y muchos artículos, pero dejó el crepúsculo de la existencia para escribir la que fue, sin duda, su obra maestra, luego de haber leído y madurado el pensamiento de los autores que inspiraron al Deán y de haber efectuado una rigurosa tarea de análisis y exposición sistemática de cada aspecto de su trayectoria.

¹⁶ BANH n° 60, 1987, pp. 447-491. De la misma autora, su tesis de licenciatura *Canónigo doctor Américo A. Tonda: una vocación al servicio de la historia y de la fe*. Rosario, Pontificia Universidad Católica Argentina, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Instituto de Historia, 1985, 142 p.

¹⁷ Rosario, Instituto de Historia, 84 pp.

¹⁸ *Ídem, ibídem*, 1982, 86 pp.

¹⁹ *Ídem, ibídem*, 1983, 90 pp.

²⁰ *Ídem, ibídem*, 1982, 76 pp.

²¹ Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, 292 pp.

Manifestaba el autor, al explicar el contenido de dicho volumen:

Estamos por decir que los sacerdotes de aquella generación, volcada en los moldes universitarios de la Colonia, no cultivaron con detenimiento más teología que la que rimaba con los sagrados cánones, singularmente la que regulaba las relaciones entre la Santa Sede y los obispos. Conviene recordar al respecto que el mundo español de entonces no lo fue de teólogos, sino de canonistas, muchos de ellos también hombres de leyes, que por lo mismo sentían incoercible atracción por las estructuras sociales de la Iglesia.

Para agregar que lo indudable era que el análisis de las producciones

de aquella época heroica, poco numerosas por cierto, pero bastantes para no justificar nuestra ignorancia, ha de abordarse por el puente de la historia, la que nos coloque en el punto de mira precioso para comprender los escritos que sobre el tema nos legaron, y aquilatarlos con un sentido de ubicación y de justicia.

El estudio de la eclesiología del Deán Funes deparaba un singular desafío:

Amén de su activa participación en las horas cruciales de la patria naciente, nos dejó, más que otros, abundantes materiales para la investigación de sus ideas. Es éste un tema arduo, por cierto, porque nos obliga no sólo a localizar, en paciente pesquisa, sus papeles (en buena parte todavía inéditos), sino también a poner al sol y al aire las raíces históricas del problema que ventilamos y determinar los ocultos orígenes del pensamiento funesiano.

Si el primer tomo había explorado el pensamiento funesiano más que en el aspecto espiritual y místico de la eclesiología, en la estructura social e institucional de la Iglesia, el segundo, entregado a la imprenta en forma prácticamente simultánea pero destinado a sufrir los vaivenes de los cambios universitarios²², sondeaba las ideas del sacerdote cordobés con respecto al derecho público eclesiástico externo, “que tiene por objeto establecer las máximas rectoras de la convivencia entre ambas potestades, la civil y la religiosa”:

²²Lamentablemente, sólo pudieron ser retirados de la imprenta algunos ejemplares unos meses después de su muerte, y fueron entregados a un puñado de instituciones. Mi preocupación por saber dónde se hallaba el resto de la edición no tuvo entonces respuesta.

El Deán Funes, clérigo, patriota, hijo de sus tiempos –tiempos revolucionarios aquéllos–, no podía permanecer ajeno a los conflictos abiertos o velados que las nuevas corrientes suscitaban entre el poder temporal y la autoridad espiritual.

El deslinde de las respectivas atribuciones constituía cabalmente, en la época del Deán y en los países de raigambre católica, el tema en torno al cual giraba la estridente polémica. Ha de considerarse como la cosa más natural del mundo que un sacerdote cultivado, de alcurnia intelectual e incoerciblemente atraído por la cosa pública, prestase atención preferente a esta cuestión de eterna vigencia, y más, si cabe, en aquellos decenios de exacerbación en que los nuevos países de la América hispana se empeñaban en dar forma a su propia constitución sobre bases compactas y sólidas²³.

MIEMBRO DE NÚMERO DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

Miembro de número de la Junta de Historia Eclesiástica, del Instituto de Investigaciones de Historia del Derecho, de la Junta Provincial de Estudios Históricos de Santa Fe y correspondiente de la de Córdoba y de muchas otras instituciones, el Padre Tonda recibió la consagración que implica ser elegido académico de número de la Academia Nacional de la Historia en la sesión del 14 de diciembre de 1982²⁴. Al recibir la noticia me dijo: “Ya no puedo esperar otra cosa mayor, según los ordinarios destinos”. Consideraba, con razón, que mediante ese reconocimiento había llegado a la cúspide de su prestigio de historiador. Pero no lo entendió como un oropel que adornase a su persona sino como un nuevo título para la Iglesia en su varias veces secular aporte a la cultura argentina.

El 14 de junio de 1983, pocos días antes de cumplir 67 años, recibió su diploma, collar y medalla de manos del presidente de la Academia, doctor Enrique M. Barba, y dijo su discurso de incorporación sobre “Vicente Fidel López en el Liceo Santiaguino”²⁵, luego de las palabras de recepción que pronunciara el doctor Víctor Tau Anzoátegui. La pertenencia a la Academia lo hizo miembro correspondiente de la Real Academia Española de la Historia,

²³ TONDA, *El pensamiento teológico del Deán Funes*, Vol. II, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, p. 16.

²⁴ Le tocó ocupar el sitial n° 32, vacante del cardenal Antonio Caggiano. Al ser elegido yo académico de número en 1986, el presidente de la Academia, doctor Barba, conecedor de la amistad y mutuo aprecio que nos profesábamos, me asignó el mismo sitial. A título informativo, señalo que antes del cardenal Caggiano lo habían ocupado el historiador Clemente Fregeiro y el antropólogo Roberto Lehman Nischte.

²⁵ *BANH* n° 56-57, 1983-84, pp. 67-73.

del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, del Instituto Histórico y Geográfico Brasileiro y de la Academia Peruana de la Historia.

Siempre me decía que había nacido el mismo año que Félix Frías un siglo después, y que quizá muriese en 1983, al cumplirse el centenario del fallecimiento del gran católico argentino. Vivió unos meses más, los suficientes para rendirle homenaje por la prensa y a través de las publicaciones eruditas. Quizá, al llegar a Santiago, en su viaje final, sus primeros pensamientos antes de su súbita muerte fueron para aquel ilustre biografiado, a quien le habrá parecido ver, en los difíciles días del exilio, transitar taciturno, con sus amigos de la emigración, las armoniosas calles de la capital chilena.